



Escuela de dominatrices 4.

No puedo negar que la sesión con la dómina culturista tuvo su morbo: no sólo por ese cuerpo atlético perfecto, con la piel suave y tersa, con cada músculo perfectamente desarrollado, sino también por la claridad con la que una mujer tan fuerte me dominaba. Hubiera podido hacer conmigo lo que quisiera, incluso si yo no fuera sumiso ni ella dominatriz. Sin embargo, a pesar de esta vertiente morbosa, la sesión en sí fue una de las experiencias más duras que he pasado en la escuela de Lady Úrsula. El tormento fue durísimo y hubo momentos en los que creí que no podría soportarlo, en los que pensé que acabaría arrojando la toalla –si es que podía hacerlo- y abandonando para siempre aquel lugar maldito.

No obstante, debo admitir que la escuela también me ha dado muchas satisfacciones. En cada sesión, junto al dolor, he encontrado algo de lo que yo tanto andaba buscando. Han sido en general placeres fugaces: la oportunidad de besar un pie, de adorar el trasero de una dómina, de servir a un grupo de señoras, de recibir una caricia de Lady Úrsula...

Pero, seguramente, uno de los momentos más placenteros que he pasado en esta peculiar institución fue lo que la señora de la casa tuvo a bien llamar “la iniciación de una esclava”. Unos días antes de que se produjera este evento, nos convocó a los seis sumisos que servíamos de material de entrenamiento en la escuela y nos anunció que quería nuestra presencia para esa velada concreta.

Por sí mismo, eso ya suponía algo excepcional, puesto que normalmente sólo coincidíamos tres perros por noche, ya que así siempre se garantizaba que hubiera alguien disponible durante la semana. Sin embargo, lo que se preparaba para aquel sábado parecía ser algo fuera de lo común. Y vaya si lo fue.

Evidentemente, todos los sumisos acatamos la orden –de la boca de Lady Úrsula nunca salían peticiones- y el sábado en cuestión, a la hora

convenida, estábamos totalmente desnudos y metidos en nuestras jaulas. En el ambiente de la perrera se notaba la tensión. Todos sabíamos que aquella no iba a ser una velada cualquiera, podíamos intuirlo. Al parecer, nuestro hocico de perros se estaba desarrollando a marchas forzadas.

Estuvimos encerrados en silencio durante un espacio de tiempo indeterminado y, aunque cuesta mucho calcularlo cuando se está en esa situación, yo diría que permanecemos en aquella situación durante algo más de una hora. Sólo quien ha vivido algo así puede comprender de qué forma tan extraña pasan los minutos. Primero, se siente la desnudez: es casi como si el aire te acariciara en todo momento. Después, empiezan los nervios: ¿cuánto hará que estamos así? Los primeros ruidos no tardan en escucharse: aunque ningún perro se atreve a abrir la boca, los más leves movimientos hacen que las jaulas chirríen. Luego llega el sudor: en parte por los nervios, en parte por la concentración de ejemplares en una sala relativamente reducida. Ese sudor no tarda en helarse y entonces aparece el frío. Pero es un frío que no dura, porque de nuevo nos cubre el sudor. Empieza así un ciclo durante el cual nuestro cuerpo manifiesta todos los temores que nuestra mente le transmite: ¿qué nos estará esperando?, ¿qué prepararan nuestras señoras para esta ocasión?, ¿seremos capaces de soportarlo?, ¿estaremos a la altura?, ¿se sentirán satisfechas nuestras dominatrices?

Es difícil expresar en palabras qué se siente pasando una hora de espera en la jaula. Es algo que hay que vivir para poder comprenderlo. Esa situación es, en sí misma, una refinada forma de tortura, pero también un modo de crear una tremenda ansiedad en el sumiso, ansiedad que se convierte por un lado en miedo y por el otro en un enorme deseo de servidumbre. Deseo que, por supuesto, no tarda en canalizarse cuando se cae en manos del ama.

La oscuridad que inundaba la perrera se rompió de forma súbita, como ocurría siempre en aquel lugar, cuando la señora Lorena abrió la puerta enérgicamente.

-¡Perros de mierda, despertaos! –nos saludó con su habitual delicadeza-. Lady Úrsula y sus invitadas se dirigen hacia aquí. Más os vale causarles buena impresión.

Tuvimos que hacer verdaderos esfuerzos para que nuestros ojos se acostumbraran a la luz después de haber permanecido a oscuras durante tanto

tiempo y, a la vez, fuimos adoptando las posturas de ofrecimiento que se nos habían enseñado, para lo que se hacía necesario luchar con la estrechez de la jaula. Pero lo cierto es que estábamos bien amaestrados, incluso yo, que era el último en haberme incorporado a la institución, por lo que enseguida estuvimos todos a cuatro patas en nuestras jaulas, con las cabezas inclinadas, esperando la preceptiva inspección por parte de las señoras.

Los tacones que se escucharon procedentes del pasillo anunciaban la llegada de una legión de dómicas, lo que hizo que la alteración entre los perros fuese en aumento. Pronto los zapatos que habían provocado aquel estruendo estaban paseándose ante nosotros. Era lo único que podíamos ver de las señoras, puesto que levantar la vista se consideraría una desfachatez merecedora de tremendos castigos, pero era suficiente para comprender que aquella iba a ser, en efecto, una velada especial. Pude contar al menos doce pares de zapatos exquisitos, elegantes, dignas fundas para los pies de las dominatrices que los calzaban, y también un par de zapatos que se ofrecían descubiertos, protegidos tan sólo por unas sandalias sin ningún tipo de tacón, calzado ciertamente sorprendente de ver en aquél lugar.

-¿Qué os parece la mercancía, amigas mías? –preguntó Lady Úrsula.

Hubo un rumor que pareció de aprobación, tras el cual la señora de la casa se dirigió a una de sus invitadas de forma directa.

-¿Crees que servirán para esta ceremonia?

-Espero que sí. Por su propio bien, espero que sí.

Aquellas palabras provocaron en nosotros el efecto que sin duda buscaban y estoy seguro de que mi espalda no fue la única que sintió cómo un escalofrío la recorría.

-Perfecto –respondió Lady Úrsula-. Lorena, abre las jaulas y tráenos a estos perros a la gran sala.

Acto seguido, los tacones resonaron de nuevo, indicándonos que Lady Úrsula y sus invitadas se dirigían ya hacia la sala de reuniones de la escuela, la que se usaba para las clases colectivas y los castigos públicos. La señora Lorena se encargó entonces de abrir las jaulas una por una, sacándonos de mala manera de las mismas y colocándonos un collar de perro a cada uno con su correspondiente cadena. Una vez nos tuvo preparados, cogió de la mano todas las cadenas y, tirando de ellas, nos arrastró hasta la gran sala.

Avanzamos por el pasillo a cuatro patas, tratando de no perder el ritmo, y una vez en la sala nos llevó hasta el lugar en el que estaba el trono de Lady Úrsula. Nos colocó frente a ella, donde permanecimos de rodillas con los ojos clavados en sus zapatos.

-Bien, perros, mostradles a mis amigas lo bien educados que estáis. Presentadme vuestros respetos.

Fue curioso, porque lo que ocurrió entonces no estaba previamente planeado ni lo habíamos hecho antes, pero sucedió de una forma tan natural que al menos para mí resultó sorprendente. Uno por uno, subimos a cuatro patas los tres escalones que había hasta el trono y besamos sumisamente los dos zapatos de la señora de la casa. Fue una adoración sencilla pero extremadamente bien coordinada, sobre todo teniendo en cuenta que, como digo, no estaba ensayada.

-Ahora quiero que todas mis invitadas puedan ver bien la mercancía. De uno en uno iréis subiendo al patíbulo para que puedan observaros.

Empezó entonces un peculiar desfile de modelos. Yo fui el cuarto en subir al patíbulo que había en el centro de la sala y pasear un poco por él. Me sentía avergonzado, tremendamente desnudo ante aquellas miradas que me escrutaban, pero también muy excitado por el morbo que tenía la situación que estaba viviendo.

Aproveché la altura de aquella tarima para ver algo más de las señoras que se habían reunido en la escuela aquella noche. Aunque tenía que mantener la cabeza baja en señal de sumisión, al estar más alto que ellas podía ver un poco cómo estaba formado el grupo. Pude constatar que, efectivamente, había once mujeres más aparte de Lady Úrsula y su cruel ayudante. Nueve de ellas estaban cómodamente sentadas y, aunque no pude ver la cara de ninguna de ellas, observé por sus cuerpos que debían de formar un grupo muy heterogéneo en cuanto a edades y aspectos.

Lo que más me llamó la atención fue el hecho de que una de las mujeres no estuviera sentada como lo estaban las otras, sino que estaba arrodillada. Se trataba de algo sorprendente, algo que nunca antes había visto en aquel lugar en el que la supremacía femenina era la norma más obvia de la casa.

Aunque no pude verle la cara, porque tenía la cabeza baja, con su negra melena larga cayendo hacia delante, pude intuir por su piel que era una mujer

joven, por su cuerpo que era delgada, por su postura que era sumisa... algo que en ningún momento habría esperado ver en aquel lugar. Sin embargo, recordé que Lady Úrsula nos había hablado de aquella velada llamándola "la iniciación de una esclava". Al principio, yo había pensado que se trataría de uno de nosotros al que iba a feminizar, a convertir en puta. Nunca habría imaginado que usar el término "esclava", en femenino, se refiriera verdaderamente a la presencia en la escuela de una mujer sumisa.

Después de habernos exhibido ante las demás dóminas, Lady Úrsula nos ordenó quedarnos de rodillas frente a su trono, aunque en esta ocasión nos dijo que nos pusiéramos de cara al patíbulo. Teniéndonos allí dispuestos, como si fuésemos su guardia pretoriana de esclavos, se dirigió a las demás señoras.

-Todas sabemos por qué estamos aquí esta noche, una noche que va a ser muy especial, sobre todo para nuestra buena amiga Diana y su perra marta. Estamos aquí reunidas para ser testigos de la ceremonia de iniciación de la esclava, de imposición del collar de su dueña. A partir de esta noche, marta ya no será una sumisa cualquiera, ni siquiera una sumisa a prueba bajo la protección de Diana. Esta noche se convertirá en su esclava, lo que supone un vínculo mucho más fuerte, un vínculo indestructible, que unirá para siempre su destino al de su dueña. Diana, cuando quieras, puedes empezar la ceremonia.

A pesar de lo reducida que resultaba mi visión de la sala, pude ver haciendo un poco de trampa cómo una de las señoras, que sería sin duda la tal Diana, se levantaba de su sillón y subía al patíbulo seguida, a cuatro patas, por la que iba a convertirse en su esclava, que era la chica a la que había visto arrodillada y que, por lo que vi ahora, era también la que llevaba las sandalias sin tacón. Poco a poco, todo empezaba a ir cuadrando.

Diana se situó de pie en el centro del patíbulo y marta se quedó de rodillas frente a ella. Se notaba en la sumisa una emoción contenida, mezcla seguramente de nervios y de deseo de llegar a ser lo que de verdad quería ser para el resto de su vida.

-Desnúdate –le ordenó Diana-. Quiero que todas mis amigas vean bien el cuerpo de mi perra.

La joven obedeció y se quitó el ligero vestido que llevaba y su cuerpo desnudo quedó expuesto de inmediato ante las miradas de todas las mujeres presentes y también la de los perros, puesto que no creo que nadie se quedara sin hacer un poco de trampa con la mirada, forzando al máximo el ángulo de visión sin que se notara que se levantaba un poco la cabeza. No llevaba ropa interior de ninguna clase, por lo que pudimos apreciar que tenía un cuerpo verdaderamente atractivo, casi de modelo. Era delgada, con un vientre liso debajo del cual destacaba la ausencia absoluta de vello, puesto que su pubis estaba totalmente rasurado.

Tenía los pechos más bien pequeños, pero eso no era un problema. Encajaban perfectamente en el conjunto de su cuerpo, dándole un aire delicado que contrastaba con el aire salvaje que le otorgaban sus pezones duros y respingones. Su cara era la de un ángel y sus ojos, verdes, eran sencillamente preciosos. Una mujer como aquélla debía ser una diosa, debía tener una legión de adoradores como nosotros, pero no era ése el camino que ella había escogido. Y eso la hacía más atractiva todavía. Era una Venus nacida diosa que elegía libremente convertirse en esclava. ¿Podía existir algo más bello que eso?, ¿algo que resultara más excitante?

Todas las presentes aprobaron con sus sonrisas la calidad de la mercancía y marta, humildemente, se arrodilló de nuevo frente a su señora. Lorena subió entonces al patíbulo llevando en una bandeja un collar de perro y se lo ofreció a Diana.

-Éste es el collar que indica que me perteneces –le dijo a su esclava mientras lo tomaba en sus manos-. Cuando te lo ponga, dejarás de tener voluntad propia y pasarás a ser sólo una propiedad mía. Podré hacer de ti lo que se me antoje, usarte como me apetezca, prestarte a quien quiera, incluso deshacerme de ti si llegas a cansarme. Tú, por tu parte, no harás en la vida nada más que servirme. Dejarás tu trabajo, a tus amigos, a tu familia, y te instalarás en mi casa, donde vivirás sólo para ser mi esclava. ¿Es eso lo que quieres?

-Es lo que quiero, señora –respondió la sumisa con convicción.

-Piénsatelo bien. Esto ya no es ningún juego, no es una forma diferente de disfrutar. Es una forma de vida que cambiará totalmente la que has llevado hasta ahora. ¿Crees que vas a poder hacerlo?

-Estoy segura de conseguirlo, señora. Es lo que más deseo y sé que usted sabrá guiarme por ese camino.

La escena era realmente impresionante. La determinación de aquella joven era admirable. Su aspecto frágil contrastaba con la seguridad con la que aceptaba un camino que muy pocos estarían dispuestos a emprender. Yo mismo, con todos los deseos que tenía en mi interior de convertirme en el siervo de una señora, ¿sería capaz de algo como aquello?, ¿sería capaz de dejarlo todo a cambio de convertirme en un verdadero esclavo?

Pero la determinación de marta estaba a punto de ser puesta a prueba de una forma que ni ella misma podía imaginar.

-Muy bien, perra –le dijo su señora-. Durante los últimos meses me has demostrado que puedes llegar a convertirte en una buena esclava. Me has servido bien, aunque de vez en cuando he tenido que corregirte de forma severa. Pero eso no basta para que puedas llevar mi collar. Para conseguir este collar, debes superar una última prueba. ¿Estás dispuesta?

-Lo estoy, señora.

-Muy bien. En ese caso, lo dejo todo en manos de Lady Úrsula, que es quien ha diseñado la prueba.

Nuestra señora subió entonces al patíbulo, se abrazó con Diana y le pidió a ésta que ocupase el trono durante la ejecución de la prueba. Una vez la señora Diana se sentó en ese sitio de honor en el que, hasta aquel momento, yo sólo había visto a la señora de la escuela, Lady Úrsula se dirigió a todas las asistentes.

-Como bien sabéis, nuestra buena amiga Diana ha tenido siempre muy clara cuál es su tendencia sexual. Y aunque se ha divertido en muchas ocasiones castigando a algún machito, todas sabemos qué es lo que de verdad le gusta. Desde hace un tiempo, la hemos visto con marta. Esta muchacha es en cierta forma su alma gemela. Es la sumisa que se complementa con la dominatriz a la que nosotras conocemos y es, también, como nuestra buena amiga Diana, una lesbiana convencida.

Las mujeres de la sala estallaron en una ovación hacia Diana que ésta agradeció levantándose y saludándolas.

-Para nosotras es un motivo de alegría que nuestra amiga sea feliz – continuó Lady Úrsula-. A todas nos es grato ver que ha encontrado en marta a

la esclava que quiere tener bajo sus pies. Sin embargo, hay algo que no podemos olvidar. Nosotras somos fervientes defensoras de la superioridad femenina. Nosotras somos las dueñas y los hombres son los esclavos, los perros, la escoria de este mundo. Nosotras mandamos y ellos obedecen. Nosotras castigamos y ellos sufren. Nosotras penetramos y ellos nos ofrecen sus culos. Por eso, no podemos olvidar que marta ha roto este nuevo equilibrio que nosotras queremos imponer. Ella, estando destinada a ser una dómina, ha decidido ser una esclava. Bien es cierto que se ofrece a otra mujer pero, aún así, rompe nuestro patrón. Por eso, durante la ceremonia de esta noche, vamos a darle lo que ella ha pedido a gritos: vamos a rebajarla al máximo, vamos a humillarla tanto como sea necesario para que definitivamente pierda su condición de mujer superior y pueda convertirse en una auténtica perra esclava. Te repito la pregunta de tu señora. ¿Estás dispuesta a soportar esta prueba, sea la que sea?

-Lo estoy, Lady Úrsula –reiteró marta.

-Muy bien. Pues prepárate a saber a qué tendrás que enfrentarte. Lorena, tráeme a los perros.

La señora Lorena se acercó a nosotros y, cogiéndonos por las cadenas, nos arrastró hasta el patíbulo.

-Estos son los seis perros que sirven de material en la escuela –le explicó Lady Úrsula a una sorprendida marta-. Aquí son usados por las aprendices, que los castigan sin piedad, que disfrutan de ellos sin preocuparse de nada. Estos desgraciados vienen aquí a recibir dolor y humillación, nada más. Aun así, cuando ven a una mujer con las botas altas o con la fusta en la mano, cuando una les concede el privilegio de escupirles en la cara o de lamerles el culo, estos estúpidos perros se excitan. Sus pollas se levantan, se humedecen, se preparan para un placer que nunca les llega. Siempre se tienen que volver frustrados a sus casas, sin haber obtenido recompensa alguna por su entrega. En el mejor de los casos se harán una paja, pero nada más. Por eso deben de ser perros en celo. Perros deseosos de poseer a una mujer, de clavar sus inútiles pollas dentro de una de nosotras. ¿Es así, perros?

Ninguno de nosotros se atrevió a responder, por lo que nuestra señora nos animó a hacerlo.

-Hablad sin miedo. ¿Es así?

-Sí, señora –fuimos respondiendo tímidamente entre las risotadas generalizadas de las presentes.

-Pues ya podéis ir os olvidando de eso. Ninguna de mis amigas ama os lo va a permitir jamás. Aquí no venís a follar. En todo caso, venís a ser follados. ¿Está claro?

-Sí, señora –respondimos al unísono.

-Sin embargo, esta noche es diferente. Esta noche tenemos a una perra con nosotras, cosa que no es nada habitual. Y aunque una mujer no puede rebajarse a tener sexo con unos perros como vosotros, una perra sí puede hacerlo. Ésta es la prueba, marta –remató Lady Úrsula dirigiéndose a la joven, que la miraba con unos ojos como platos y con el cuerpo casi temblando de pavor-, vas a tener que entregarte a estos perros, que podrán usarte a su antojo.

Al oír aquellas palabras, también mis ojos y los de mis compañeros se abrieron por la tremenda sorpresa. ¿De verdad íbamos a disponer de aquel privilegio?

Lady Úrsula soltó unas grandes carcajadas al ver nuestras expresiones de incredulidad y de innegable deseo.

-Vaya, a los perros sí que les gusta la idea. Me alegro, porque quiero que rebajéis al máximo a la pequeña marta. Pero tampoco quiero que lo disfrutéis al cien por cien. Lorena, pínzales los pezones a estos cerdos. No quiero que olviden en ningún momento cuál es su condición. Esto no se hace para su placer. Como siempre, siguen siendo meros instrumentos.

La señora Lorena nos puso a cada uno de los perros unas pinzas metálicas en los pezones que se unían con una cadenita. Eran verdaderamente dolorosas, pero nosotros apenas nos dábamos cuenta del suplicio. Nuestras miradas no se apartaban ni un instante del cuerpo de la que iba a ser nuestra víctima, que sudaba visiblemente ante el tormento que le aguardaba.

Una vez pinzados, Lady Úrsula y su ayudante dejaron el patíbulo y nos ordenaron empezar nuestro cometido. Nos abalanzamos sobre la pobre marta como verdaderos perros en celo. Olvidando por completo nuestra condición humana, que sólo existía fuera de aquellas paredes, nos entregamos a una lujuria tan intensa que nos convirtió en auténticos salvajes. Ella se resignó en silencio, derramando unas pocas lágrimas, sufriendo devotamente la mayor de

las humillaciones posibles, al ser vejada por un grupo de salidos frente a la atenta mirada de su señora y de las amigas de ésta.

El cuerpo de la sumisa se vio rápidamente cubierto de lenguas, de manos. Dedos ansiosos buscaban sus agujeros, pellizcaban sus diminutos pechos, profanaban su cuerpo de diosa. Pronto nos organizamos para aprovechar al máximo aquella oportunidad que, seguramente, sería única. Pusimos en marcha una extraña coreografía que seguía un infame guión no escrito. Uno agarraba con fuerza la cabeza de marta y le metía su sexo en la boca mientras otro la cabalgaba salvajemente. Otro la lamía toda, babeándola, llenándola de suciedad. Los demás nos pajeábamos aguardando nuestro turno, preparándonos para ocupar el puesto de alguno de nuestros compañeros. Pronto su culo fue también destino para uno de nosotros: no se debía desaprovechar ninguna de las entradas. Le dimos la vuelta, cambiamos de postura, le obligamos a ser ella quien hiciera las pajas a dos manos.

Nos intercambiábamos continuamente los papeles y ella no era capaz de identificar qué polla tenía en cada sitio, a quién tenía dentro o a quién se la estaba chupando. El frenesí del momento era incontrolable. Nosotros nos empujábamos los unos a los otros, incapaces de ser civilizados ni durante un solo segundo, entregados como estábamos a disfrutar de aquel festín de la carne.

Las señoras nos observaban en silencio, pero nosotros no nos dábamos ni cuenta. Sólo existía la búsqueda de nuestra propia satisfacción, la lucha por conseguir un palmo de piel de aquella chica. Ella, sin embargo, sí que prestaba atención al resto de mujeres. Sentía cómo se clavaban sobre ella los ojos de todas y saboreaba en silencio la amargura de la humillación. Siempre que le era posible, dirigía sus ojos hacia los de su señora, buscando en ellos compasión y entregando a su dueña, en todo caso, la ofrenda que ésta había requerido.

La excitación del momento y las ansias acumuladas durante largo tiempo jugaron a favor de nuestra víctima, puesto que no tardamos en ir llegando a orgasmos salvajes que daban pie a eyaculaciones a presión. Pronto, el cuerpo de la joven y todos sus agujeros estuvieron llenos de nuestro semen.

-Es suficiente –dijo entonces Lady Úrsula-. Perros, permaneced de rodillas. Tú, marta, levántate.

La muchacha, sucia de nuestras babas y eyaculaciones, se levantó en el centro del patíbulo. Aun debajo de toda aquella capa de porquería, se la veía digna. En el fondo, tenía motivos para estarlo. Le había ofrecido a su señora lo más valioso que podía ofrecerle: abandonarse por completo, entregarse sin condiciones, sufrir lo que se le impusiera sin rechistar, aceptándolo aunque fuera lo más opuesto posible a sus gustos o preferencias. Eso era verdadera entrega y, por lo tanto, era motivo de orgullo para ella.

-Diana, ¿qué te parece? –quiso saber nuestra señora- ¿Ha superado la prueba?

-La ha superado, sin duda –respondió Diana. En su voz había satisfacción, orgullo, se diría que el comportamiento de su sumisa la había impresionado, como si hubiera sido mejor de lo que ella misma esperaba.

-¿Merece entonces llevar tu collar?

-Lo merece.

-Pues vamos a continuar con la ceremonia. Pero antes, hay que limpiar a esta chica. ¡Perros, lamed todo su cuerpo hasta que no quede ni rastro de vuestra sucia leche!

Dudamos unos instantes. Lamerla significaba pasar la lengua por los restos de nuestros compañeros y eso era algo asqueroso. En alguna ocasión, alguna dominatriz me había obligado a pajearme hasta correrme y a lamer mi propio semen. Eso ya era en sí algo bastante repugnante, pero la idea de tener que tragarme el de los demás era mucho más repulsiva todavía. Lorena se acercó a nosotros y, repartiendo severos fustazos, borró de nuestras mentes cualquier rastro de duda.

En apenas unos minutos, la sumisa estaba reluciente y no quedaba sobre ella ni el más mínimo rastro de esperma. Aun así, antes de continuar con la ceremonia, Lorena dirigió hacia ella una manguera y el agua eliminó también de ese modo cualquier rastro de nuestras babas.

Para entonces, nosotros estábamos de nuevo frente al trono del salón y toda nuestra atención se centraba en las pinzas que llevábamos en los pezones. Durante el tiempo en que habíamos estado abusando de marta ni siquiera habíamos reparado en ellas, pero una vez alcanzado el orgasmo, su dolor se había hecho más presente que nunca.

Revolvíamos tímidamente nuestros cuerpos, intentando atraer la atención de Lady Úrsula para que nos liberara de aquel tormento, pero nuestros esfuerzos fueron inútiles. La ceremonia continuaba y nuestra señora sólo estaba pendiente de su evolución.

La señora Diana, de nuevo en el centro del patíbulo, puso el collar alrededor del cuerpo de marta, certificando al cerrarlo que ésta se había convertido en su esclava. Al instante, la muchacha se arrojó a los pies de la que era ya su dueña y los besó con ansia. Su señora sonrió y la dejó hacer durante unos segundos, tras los cuales se agachó y la ayudó a levantarse. Cuando la tuvo de pie, la abrazó y la besó apasionadamente en la boca, lo que provocó un estallido de aplausos entre el resto de las señoras.

-Ya sabía que podías ser una buena esclava, pero esta noche me has demostrado que eres capaz de cualquier cosa por tu dueña. Eso es algo que valoro mucho, créeme, y que nunca olvidaré. Tampoco quiero que tú lo olvides. Quiero que recuerdes siempre hasta qué punto has sido capaz de rebajarte para satisfacerme. Sin embargo, no quiero que sea un recuerdo doloroso, sino feliz. No pienses en lo que esos cerdos te han hecho. Piensa en lo que ellos han hecho por ti: te han convertido en la mejor de las esclavas.

-Tienes toda la razón –intervino Lady Úrsula-. Pero a mí me ha dado la impresión de que los cerdos en cuestión se lo han pasado bien. Y eso no me ha gustado demasiado. A pesar de que marta sea una esclava, me parece que debería tener la oportunidad de vengarse de estos perros si es que le apetece hacerlo.

-La decisión es tuya, marta –le dijo Diana a su perra-. ¿Quieres vengarte de ellos?

La esclava nos lanzó una perversa mirada que hacía temer lo peor justo antes de responder afirmativamente, lo que supuso más aplausos por parte del resto de las presentes. Lorena nos condujo de nuevo al patíbulo y allí quedamos a merced de marta, quien demostró que, a pesar de su condición sumisa, tenía un lado sádico muy desarrollado.

Durante un buen rato, nos las hizo pasar canutas entre los vítores de las dueñas asistentes. Al final de la velada, nuestros cuerpos estaban destrozados. La muchacha se había esmerado. A pesar de ello, aun sintiendo el escozor de la piel abierta por los latigazos, aun notando sobre los pezones el dolor hiriente

de las pinzas que los habían aprisionado y que ella había arrancado de una forma brutal... no podía negar que aquélla había sido una velada fantástica. Seguramente, de las más morbosas que había vivido en la escuela. Al menos, de las vividas hasta ese momento.



<http://www.mercadosm.com>